



**César
Dávila
Torres**

POESÍA JUNTA

Colección  Carangue

CASA DE LA CUELTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN GARIBÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

POESÍA JUNTA

César Dávila Torres

POESÍA JUNTA



Colección: **CARANGUE** VOLUMEN XXXIV

Ibarra, 2018



César Dávila Torres

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”,
Núcleo de Imbabura**

Luis Fernando Revelo C., *Director*

POESÍA JUNTA

© César Dávila Torres

Colección: CARANGUE Volumen XXXIV

Portada: Obra de la Muestra Colectiva
en homenaje a la Dra. Inés Flores

Diseño y diagramación: Julio Flores Ruiz

Primera Edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana
“Benjamín Carrión” 8 de abril de 1969.

Última Edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana
“Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Noviembre 2018.

Impresión: Studio21

Quito-Ecuador

PRESENTACIÓN

“Ahora entiendo el lenguaje de los pájaros y de las bestias mansas; y contemplo mi rostro verdadero en el del vecino más cercano y en el de todos los hombres que señalan el tiempo por la lluvia y las cosechas...” (Poesía junta, pág. 53).

Nació César Dávila Torres en Ibarra en el año 1931 en el seno de la familia formada por Pedro Dávila Peñaherrera y Paulina Torres Hinojosa. Estudió la primaria en el Instituto Rosales y partió a la capital de la República a continuar sus estudios.

En la Ciudad Blanca compartió una familia en la que la biblioteca ocupaba un lugar destacado. César, estudiante en Quito en el colegio San Gabriel devoraba los libros y llenaba su mente de imágenes y emociones junto a siete hermanos que siempre recurrían a él en busca de información y a veces de criterios profundos sobre tantos temas que aparecen en la vida de un niño o de un adolescente que buscan ser aclarados para su adecuada comprensión por el hermano mayor lleno de conocimientos por su amplia cultura.

Corría el año 1952, cuando siendo todavía un niño, me enteré que mi hermano mayor César era un poeta. Yo había mantenido comunicación epistolar con él, pero ese año llegó a la casa paterna en el barrio de San Francisco, desde Quito, acompañado de un hombre extraño, delgado y triste, que se llamaba también César Dávila, que hablaba poco y se refería a mi hermano como “el tocayo perfecto” y que ya era uno de los grandes autores de poesía del país.

A la coincidencia del nombre se sumaba la vocación de poeta y por eso me enteré que mi hermano era un iluminado con la inspiración que Dios entrega a los compositores de rimas y versos.

Las publicaciones de sus obras enriquecieron las bibliotecas y llenaron las tertulias de los amantes del arte. “Los hijos de la tierra”, “La sangre gozosa”, “Otra vez Eurídice” y “Poesía junta”, aportaron a las letras ecuatorianas la inspiración de un imbabureño ligado al campo, al amor y a la Literatura.

La versificación espontánea y profunda nos lleva a los sueños de la naturaleza compartida por el hombre que la respeta y venera. Luego transportados al florecimiento del amor aparece el hombre sensual entregado a las delicias del sexo como expresión natural de la vida. Sus últimas entregas expresan la erudición del autor en remembranzas del teatro y leyendas clásicas para destacar las coincidencias del pasado con las pasiones del hombre actual.

Prematuramente compone versos en el colegio, en la revista “Mi colegio” del año 1950 encontramos una composición de César, alumno de 5º. curso, con el título “La madre” de la que afirma... “persona cuyo nombre es un arrullo y cuya presencia, bendición”.

En la revista “Otavalo Ñuca Huasi” del 31 de octubre de 1953 un poema titulado “Jesucristo” expresa “...No sé si he de conocerte, pero mañana –que decir de mañana?–; mañana, Señor seré tu primer crucificado!”. En la misma revista del 24 de mayo de 1955 encontramos “Carta a mi madre”, en la que leemos “...He vivido en otra ciudad, habitando ajenos techos y vistiendo ropaje forastero; un retrato en la cartera y su voz han sido mis únicos bienes ciertos y su próxima visita –las más de las veces aplazada–, mi alegría...”

Su primer poemario “Los hijos de la tierra” (Ediciones Ateneo ecuatoriano, Quito, 1955) es un canto a la fecundidad de la tierra imbabureña y a su entraña salvaje y hermosa que conoció de la mano de su abuelo, agricultor y viajero, que en los versos del joven poeta llenan las visiones coloridas de sus mieses y senderos. En “la sangre gozosa” (Ediciones surcos, Quito 1957), la mujer ocupa la inspiración y es el amor el que brota como siembra de ternura en el campo erótico y sen-

sual de la vida. En “poesía junta” (Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito-1969) una recopilación de sus obras logra el poeta la consagración de la inspiración con la técnica depurada de versificación, en la que alcanza el nivel de la comunicación con el lector en la que el alma se confunde con la palabra.

Cuando el vate llega a la madurez, coincide con la culminación de su carrera de abogado, y cambia la lira por la balanza de la justicia y se entrega a la cátedra, a la investigación y a la publicación de textos para el estudio del Derecho.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, bajo la sapiente dirección de Luis Fernando Revelo, en la Colección Carangue, ha querido inscribir la obra de César Dávila Torres, poeta ibarreño de gran apego a su origen en una pequeña ciudad, adherida a su entorno campesino y rural, en el que brotan con transparencia natural amores e ilusiones que expresan en las venas de sus habitantes su “sangre gozosa” y la pertenencia de ser “hijos de la tierra” que nacieron de la inspiración y talento del cantor que con sus rimas destacó la naturaleza, los hombres y las hembras que formaron generaciones de soñadores y gentes que construyen un entorno que permanentemente entrega frutos y cantos.

Que esta nueva edición de “**POESÍA JUNTA**” sirva para orientar a los nuevos poetas de la tierra y para deleite de los amantes de la versificación y de la inspiración en nuestro país.

PRÓLOGO

Como suelen clasificar los psicólogos el carácter de los hombres, estableciendo relación con la forma corporal, podría también ser clasificada la poesía de acuerdo a su apariencia verbal, en una poesía expansiva, de palabra exuberante y ancha inspiración, y otra poesía contenida, despojada de cualquier brillo engañoso, que consigue, empero, aquella pureza adánica de la más espontánea inspiración. En esta clase deberían ser ubicados los poemas de César Dávila Torres que, en este libro, ha depurado la palabra hasta darle cierta gracia íntima, muy pocas veces alcanzada en la actual poesía ecuatoriana.

Después de más de quince años de trabajo poético, Dávila Torres tiene derecho a mirar el trayecto recorrido. Sin embargo, él no quiere asumir una actitud contemplativa; no es la suya la actitud de quien recoge, en una suerte de testamento, toda su obra. Este sabe que nada tiene ya que decir; en cambio, Dávila conoce que “el hombre sufre un dolor distinto cada día” y que, mientras su poesía pueda afrontar ese dolor, siempre habrá algo nuevo para ser dicho. Consecuente con su posición, realiza una severa selección de sus poemas, los corrige, y, además, entrega poesía nueva. De esta manera, su libro representa un acto de confirmación en la verdad de la poesía, a la par que testimonio de trabajo honesto y renovación.

La primera edad poética de Dávila Torres se manifiesta en “Transeúnte en Nueva York”, donde con la pasión inherente a todo lo primero, descubre ese lugar de origen suyo, el tiempo que escapa a toda mensura, y descubre también, con el hallazgo de ser hombre, la esencial soledad humana. Desde entonces, la poesía es, para Dávila Torres, un medio de traducirse a sí mismo, ya sea en la inevitable risa sobre los objetos, ya en el terrible grito de rechazo a Jesucristo.

La segunda etapa se inicia con “Los hijos de la tierra” y representa una búsqueda de los orígenes ancestrales. Dávila Torres empieza por explicar la creación: primero fue la tierra y después, el hombre; con el hombre, la acción, la vida y la muerte; después fueron los dioses. Hay en este poema un afán de hallar las vinculaciones más hondas con la Primera Patria; pero no es el afán del artista que busca el pasado simplemente como elemento decorativo. Dávila intuye que ese pasado fue más justo. Por tanto, la invocación a los Padres, vivos aún en la sangre y en la tierra, interpreta el clamor por la liberación de las servidumbres del presente. Además, en este caminar de regreso, trata de ir siempre al encuentro del hombre.

12

Desde “Cuerpo salvado” y con la “Sangre gozosa” y “Otra vez Eurídice”, Dávila escribe poesía de restauración de los valores que introducen al júbilo de la vida humana. En el primer poema, salvado el cuerpo, todo es nuevo, el hombre resucita y posee la alegría:

Sólo entoces es más dulce el agua,
porque a nosotros se parece.
Sólo entonces es más pura la tierra,
porque a nosotros se iguala.

“La Sangre Gozosa”, hermoso poema que acusa influjo de lo más puro de la lírica castellana, es un canto apasionado, con tanta pasión como la del Neruda de los poemas de amor:

Dulce color terrestre
te invade, cuando te amo.
Yo pienso simplemente
en la bandera de la rosa,
en el agua endurecida
de tus pechos
y en la persistente soledad
de tu cintura.

“Otra vez Euridice”, al mismo tiempo que cierra la tercera etapa de la poesía de Dávila Torres, resume las cualidades más definidas de la misma: sencillez, ternura, búsqueda, afán de descifrar el misterio de la vida humana y, sobretodo, el sometimiento a la disciplina del artista, por la cual la palabra, como esos monjes legendarios por la penitencia, adquiere toda su fuerza y plenitud.

Este poemario termina en “El Nuevo Cántico”, donde Dávila reafirma su compromiso con ese hombre “al que hoy golpean hasta decir basta”, pero que, hombre al fin, es capaz de amar y ser responsable de su propio destino, hasta tomar deliberadamente a cargo suyo el destino de los demás.

DIEGO ARAUJO S.

TIEMPO CERO

Hay en el tiempo reacio a los relojes
un acre sabor a cosa humana,
un lento devenir del mundo
en gesto mutilado
y en caballos empolvados
con lomos de baraja y aguardiente.

Hay un tiempo
en que juegan las mujeres
su túnica desnuda
y en que los espejos nos miran
desde un ángulo humillado.
Un tiempo en que las calles
se adentran en el alma
con incolora carga de pasos desiguales,
de horrorosa esencia de ruidos
y de inicial cansancio de página manchada.

Tiempo que descubre un dios envejecido.

Afirmo que vengo desde ese tiempo.
O mejor, que escribo esa cuarta dimensión
en que ha de medirse el hombre.
Y estoy aquí.
Al menos alguien ha de saber que he venido.

HOMBRE SOLO

Yo soy el hombre que ha descubierto ser el hombre.
Por eso mi corazón es un enigma
y mi pensamiento una blasfemia.
Yo tengo sonoros mis huesos
y mi polvo silencioso.
Camino hacia adelante
y llamo por sus nombres a las cosas.
Por todo esto valgo poco,
tanto como un naipe agujereado
o un dado inútil y borroso.
Pero, ¿que importa?
Soy el hombre y esto basta.

18

Paso por las calles y nadie me saluda.
No me miran ni las ventanas ni el asfalto.
Cruza mucha gente por mi lado.
Las calles –sin embargo– están vacías y desnudas.
Y yo soy el hombre.
Yo.
O mejor yo soy un árbol.
O un trébol.
O la nada.
Basta ser esto o quizás no basta.
Después de todo, mi paso no dejará ninguna huella:
quiero encontrar un hombre y ninguno ha salido a esta hora.

Las luces de neón embriagan a mi sombra
que me sigue bailando un ridículo fox-trot.
Mis ojos se torturan y se alargan entre la muchedumbre,
que es un hombre degollado y miserable.

Me siento perdido entre tanto objeto inútil.
 Y extiendo mis manos para palpar mi propia vida.
 Y descubro que han apuñalado al cielo
 llenándolo de heridas blancas.
 -Hay un ángel que me mira
 desde una vitrina,
 sonriendo con labios de cera;
 alguien grita cualquier cosa
 y nadie se preocupa por el crimen.

Las mujeres han salido:
 La noche solo conserva sus figuras altas y sombrías
 que claman por los besos y las manos.
 Pero nadie está en las calles.
 Solamente la multitud y los letreros.
 Los edificios naufragan en la altura
 y se pierden sin una queja en el silencio.
 Estoy solo.
 Y la gente cruza por mi lado.

Mañana pondré un aviso clasificado en cualquier diario:
 “Se busca compañía...”

Las calles siguen vacías y desnudas.
 El cielo se desangra solitario.
 Pero yo me vuelvo a casa.
 Y me vuelvo solo,
 porque yo soy el hombre que ha descubierto ser el hombre.
 Esto es todo:
 Me vuelvo con el secreto
 que nadie nunca ha de saberlo.
 Yo me digo:
 “Tal vez será mañana”
 y me río como un necio
 o como un obrero que ha bebido.

NUEVA YORK: SOLO PUENTES

Post Scriptum. Ibarra.

Yo amaba los puentes de Nueva York.

Tatuados de mensaje y rebeldía,
los descubría el alba diariamente
como un cartel en la esquina del paisaje.

Los hombres que los cruzaban
caminaban el espacio abierto,
con sus gorros echados hacia atrás,
limpiándose los ojos en el viento.

Abajo, el agua estaba siempre boca arriba.

20

Lejos, los edificios tenían la estatura del aire
y levantaban su cabeza huyendo de los hombres:
Sólo los puentes se inclinaban
para entregar la inicial del coloquio en los oídos.

Les dejé mi sombra autógrafa,
y una sonrisa,
y cuatro versos de la sangre.

Te digo
que yo amaba los puentes de Nueva York.

CARTEL DEL SEDENTARIO

Todos los caminos se despiden en mi puerta.
Una mujer canta.

Parten tantos barcos y tantas miradas.
Las islas y las banderas también viajan.
Solo yo permanezco,
mirando cómo los árboles en el río
caminan hacia el mar.

Los vientos han robado el paisaje a las ventanas.
Por eso, la soledad termina y empieza en el mismo sitio.
Y mi silencio es siempre más alto.
Más alto que la lluvia y los tejados.
Siempre más alto.
Como si quisiera encontrar la palabra dios.

Es tarde –me dicen.
Y regreso equivocando los días habituales,
mientras un retrato anuncia inútilmente mi fatiga en las paredes.

Yo sé que los hombres se marchan
cuando retornan su memoria hasta la infancia;
pero entre tantas muertes,
su signo yo he perdido.
Y estoy solo:
a nadie encuentro esperándome
junto a la casa en que vivo y su ternura.

JESUCRISTO

Mírame.

Aquí estoy.

Siempre quisiste que sea esto:

una profunda cicatriz de látigo.

Pero nunca he de cantar contigo,

porque estuve junto al que mataron

entre el rumor de las fábricas.

Es posible que mañana muera

y no será tu retrato lo último que me lleve.

Entonces estaré solo:

y eso será todo.

Mi madre se quedará lejos,

en un recodo de la infancia;

muchos hombres mirarán mi casa

y el asfalto de las calles será triste.

Para mí no crecerán las campanas

en el aire de la tarde.

Ni las lágrimas de nadie.

Y siempre permanecerán mis pasos

besando todas las calles.

Y siempre esta ciudad,

las cosas y su herida.

No sé si he de conocerte.

Pero mañana —¿qué decir de mañana?—:

Mañana, Señor, tus sectarios me habrán crucificado.

VENUS TIENE LA CABELLERA ROTA

Como arde tu cabellera rota,
duro reptil de sombra y de fatiga.

Perfecto, como nube abierta de par en par
para las águilas,
tu cuerpo finge una lengua adormecida
y un suspiro te divide el alma
en dos rosas igualmente ciegas.

Mi boca inventa puertos
y banderas para el gozo,
mientras la luz entorna los ojos.

Tu sangre sorprendida en espiral sonora
llega hasta el silencio
quebrando el límite de todas las campanas.

En el árbol de la noche
tu nombre es maduro y redondo.

Mía o apenas mía,
tienes la dulce fragancia de las cortezas
húmedas de lluvia,
la involuntaria docilidad
de los ángeles al viento
y la despiadada embriaguez
de las piedras azules.

En tu oído, mis palabras corren de un lado a otro.
Y te visten de escamas en ciclón desprevenido.
Pero tú persistes desnuda,
como poema escrito sobre el agua.

NOCTURNO CONYUGAL

Qué inútil tu presencia en esta hora.

Y todo porque pienso en la camisa
y en la corbata muertas:
estoy inventariando
mis bienes en desventura.
Por eso río de los gestos deshabitados
con que los vestidos toman su sitio
en los armarios.

Pero tú estás aquí.
Únicamente podría descubrirte con las manos
y, entonces, yo estaría más solo.
Además,
hoy es tan interesante la ventana.

Ridículo!
Las cosas toman estatura
y quieren meterse al lecho.
De improviso,
el aire cuelga ahorcado,
de una estrella,
y hay una campana estrangulada
en cada oído.

Tú estás aquí. Poco me interesas,
tanto como el diario de esta mañana
leído entre el desayuno y la oficina,
o el viejo calcetín que ya no zurces,
o tu misma cuando te olvido
para no sentir remordimiento.

Otro día inventaré tus ojos
para que me sirvan de espejo
cuando haga el nudo a una corbata nueva.

Ahora
déjame reír de los objetos
y de tu tierna actitud de animalito triste.
Soy feliz a mi manera
y olvido tu cuerpo dibujado entre las sábanas.

SIGNO Y ESPACIO DE LA NIEBLA

Cierta vez
el viento empujó a noche
contra mi puerta abierta.

Había un niño acurrucado bajo el polvo
frente a su propia estatua
y muerto íngrimo como una rosa.

Una música.
Acaso era la lluvia.

La noche se vestía de hojas secas
y de rostros amargos.

De pronto,
mis dedos oscurecieron
hasta encontrarte.

Pero estabas alta.

O -más que alta.

Sin embargo

hablabas

como si la luz

te hubiera quebrado

su indecisa lámpara en los ojos.

En mi alma,
un árbol crecía
hacia la lluvia.

POESÍA

Basta que tú la nombres
para que arda la rosa;

basta que tú la mires
para que suba por el aire
enrojeciendo las alas de todos los ángeles;

y basta que tú la toques
para que otra rosa florezca en ti,
más transparente.

PEQUEÑÍSIMA CANCIÓN PARA DON ELOY

Don Eloy Alfaro
vino del mar.

(Era
fusil presente).

Detrás de él,
el rayo del pueblo
subía enamorado.

Don Eloy Alfaro
tendió su corazón
–como una red–
y sacó
juntos
un pez,
un gorrión,
una mazorca de maíz
y
recién creada
la palabra “libertad”.

MISA

*Por decir “amén”, “amén”,
decían “amor”, “amor”.*

ROMANCERO

Niña.
La mantilla negra.
Y en el libro de oraciones:
mi retrato.

Entre tu casa y la iglesia:
tus pestañas,
suave alero.

Repica mi corazón
en el campanario.

Abajo, la piedra recoge
tu andar
y la música nueva
de la almidonada enagua.

Por verte, desde el altar,
las flores se ponen de pie,
la música del coro
se llega como un niño
y un “te quiero”
se arrodilla y saluda.

CANCIONES DE AMIGO

1.

Tienes el cuerpo dorado,
amiga mía.
Yo quiero segar esa espiga.
Yo quiero moler ese grano,
amiga mía.

2.

Con los zarcillos, amiga.
Con los zarcillos de plata.

Que vengas hoy
al baile, sí:
serás río claro
subiendo descalza
por la escalera, mi amiga.

Ven, peinada de modo
que se te vean las orejas
con los zarcillos, amiga,
con los zarcillos de plata.

3.

Toco tus labios.
Toco tu cuerpo.
Con tus brazos ato el amor
en mi alma;
entro después en tí, salgo
de nuevo, pero salgo
de tu entraña, casi un hijo tuyo,
amándote.

ESTA NOCHE AL MEDIO DELLA

Sobre los techos de Quito,
ángeles y estrellas velan,
mientras Anita Simbaña
va en busca de la vihuela.

A las casas ya se arriman
las altas torres del viento.
Es la hora en que la Virgen
acerca el Niño a sus pechos.

Corriendo por la vereda
regresa Anita Simbaña.
Cuatro soldados de barro
la puerta de calle guardan.

Mece el pesebre la Virgen
y –recostado en el suelo–
levanta la mano el Niño,
una Cruz pone en el viento.

Anita Simbaña danza
entre figuras de cera:
el Niño la mira en sueños
y, por los sueños, la deja...

PROCESO LÍRICO

Las palabras, antes de nacer,
causan dolor en la boca del estómago,
nos tiran de uno a otro lado
hasta que nos deshacemos de ellas
escribiéndolas:
para esto utilizamos la mano derecha,
comprometemos la izquierda
y lo demás del cuerpo y del alma,
lo habido y lo por haber,
y la luz de mañana
y el cómo tropezaremos con ella.

Ser poeta fue siempre mal suceso.

Elegía y esperanza
sobre Guatemala

Cómo duele tu barro traicionado
y cómo sangra, Guatemala.

Ah, bandera rota,
geranio cegado
y campesinos otra vez perdidos.
No sé si podré sufrirte cercada de ceniza,
de huesos sin médula y más muerte.

Malditos sean los que te vendieron
y los que te compraron, Guatemala.

Pero, ¿cómo tu caída?
¿Hasta cuándo este sentirte
más allá, lejos de tí y de nosotros?
Ahora, ¿qué hacer, dónde poder estar
si la América se ha vuelto de espaldas
y ha llorado?

La piedra enmudecida de pronto
agita los brazos
y solloza desde su corazón antiguo.
Y el guerrero indio
siente la lluvia en las sienes,
llanto de la tierra hacia su lanza.
Ah, Guatemala,
tu voz quebrada de garganta,
tus niños tendidos en las lágrimas,
tus mujeres y su entraña ensombrecida.

Cómo duele el medio día fusilado,
la sangre dulce ayer y amarga ahora,
la semilla echada sin eco
y sin ternura sobre el surco
cómo duelen, Guatemala,
tus hombres menguados los parpados,
el maíz y las canciones.

Todo enlutado en ti,
todo con el propio esqueleto a cuestras,
con el silencio a cuestras,
con los clérigos a cuestras,
con los coroneles a cuestras.

Ah, Guatemala.

Y, a pesar de tu caída, espero
los fusiles brotando de las espigas
a las manos; espero tus muertos
levantando el cadáver y diciendo la última palabra;
espero, en fin, tu nueva luz, mañana,
ahora, siempre.

Los hijos de la tierra

EL ENCUENTRO

Primero fue la tierra.

Y después el hombre
con la vida comenzada en cuclillas
y el inmemorial regreso hacia los huesos.

Entonces:
el pie descalzo y la flecha,
la vasija nombrando al habitante y
la tola defendiendo
su propiedad de sueño y testimonio.

Un día –yo recuerdo–
levantamos los ídolos de piedra
y encontramos un origen de pájaros
para la sangre, y un tambor
desde siempre, congregando
el corazón de la cosecha
y obligando al cielo
a entregar cada verano
una ración de lluvia.

Yo recuerdo.
Pero ahora pregunto
dónde hallar la huella de mi hermano,
dónde su dialecto de árbol antiguo,
dónde su cuerpo,
su olor a sembrío y a destino?

Junto las sílabas y los cántaros
y te encuentro, Primera Patria,
en el hombre que te amó sin bandera,
porque eras territorio simplemente renovado
del abuelo al padre y del padre al hijo...

Primera Patria, yo llamo a tu puerta.
Y me respondes con tu voz de piedra dulce,
de harina y de pan que alcanza para todos.

Te oigo y me tiendo de espaldas sobre la hierba,
y te amo en el maíz que madura su múltiple mazorca
y en el cóndor que traza el lindero
entre la parcela de Dios y la mía.

Pero yo no sé cómo pudimos una vez perderte,
si desde el alma nos golpea tu palabra,
si desde la montaña nos llamas
con un nombre pronunciado adentro.

Primera Patria, ahora y siempre
defiéndeme de la muerte que me encuentra;
pero antes dame tu lanza, tu hacha
de bronce y tu guerrero;
y déjame tomarte a puñados
para sentirte por mis yemas
llegando hasta las cosas.

Porque tú despiertas a mi costado
y también a mi costado duermes:
yo te canto enamorada,
y a ti vuelvo como la semilla en árbol.

ME DESPIERTO CAMPESINO

Porque amo el campo arado,
amo también el árbol y su corteza antigua,
la sombra que lo hace humano
y el agua que lo vuelve casto.

Me despierto campesino
y, desde la oscura piedra que palpo con ternura,
un ídolo reclama
altar, incienso, adoradores
y sacrificios de cereal y de resinas.

Ahora entiendo el lenguaje
de los pájaros y de las bestias mansas;
y contemplo mi rostro verdadero
en el del vecino más cercano
y en el de todos los hombres
que señalan el tiempo
por la lluvia y las cosechas.

Beso la tierra, tomándola en las manos,
y la llamo dulcemente
con nombre conocido.

Aquí comienzan los orígenes
poblados de semilla y de caricia,
los arados con olor a bueyes
y las mujeres dispuestas
para el amoroso abrazo y para el hijo.

Es preciso salvar el pan desde la espiga,
el maíz desde Enero hasta Abril
y aún hasta la boca:
Hay que aprender a caminar
de regreso, avanzando siempre hacia el hombre,
hacia la primera forma de las cosas,
hacia la patria más nuestra y más profunda.

Donde cae el grano,
descubro mi apellido y la primitiva garganta
de mis padres; el fogón
me cuenta su población de dioses y de historia
y la enterrada lanza
enumera territorios y mujeres defendidos.

El surco extiende su aroma
hasta alcanzarme y retenerme;
la hierba es suave bajo mis zapatos
y me obliga a recibir descalzo
su íntima frescura.

Súbita, la tarde me hiere por la espalda
y me obliga a dormir sobre la tierra:
entonces, aguardo tiernamente
el crecimiento de los árboles
y la cercana respiración del suelo.

LOS HIJOS DE LA TIERRA

Padres nuestros,
moradores de esta misma tierra,
con la respiración de vuestro pecho
estáis levantando las espigas
y dando color a las oscuras hojas de hierba.
Nosotros sabemos no estáis mirando
desde vuestro corazón, desde vuestros huesos
convertidos ahora en alimento y esperanza.
Y os invocamos, desde siempre.
Y os queremos, desde siempre.

Hemos perdido las lanzas
y parte de la hazaña; nos duele el rostro de la piedra
y su dura afirmación de dioses desterrados:
Pero aún encontramos vuestras voces
en la sangre, en el campo grasoso y húmedo
de las siembras, y en las tardes en que hacemos
el amor sobre el suelo para que os enteréis
de todos los besos y los hijos.

Lo que vosotros amábais,
amamos ahora. Y juraríamos
que os hemos heredado el mismo modo de mirar
y de tocar las cosas.

A veces decimos:
“He aquí el rastro de ellos,
su pie descalzo desde el primer mandato;
esta sangre coagulada desde siglos
es suya y ardió en sus corazones tiernos
como el arrullo de las palomas en celo
y graves como el silencio en las montañas”.

Os sentimos, sin embargo, vivos,
a nuestras espaldas, delante de nosotros
y a los dos costados, en lo bajo y en lo alto,
y afuera, y también dentro de nosotros.

Engendrades del alba y de los hombres,
cosechadores de maíz y padres nuestros:
estos son vuestros nombres
y con ellos os invocamos, de rodillas,
con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo.

Si nos abate la muerte, deseamos nuestra mejilla
junto a la vuestra, para poder fácilmente
convertirnos en raíces y frutos comestibles;
deseamos nuestra mano sobre los surcos
para ayudar a abrirse a la tierra
ante el arado, como la hembra obediente
en el lecho del esposo;
deseamos nuestra lengua
cambiada en cereal maduro para las aves
por estar más cerca del trino y de las alas.

Padres nuestros,
los que os sentábais a esperar el día,
divinos embrujadores y divinos embrujados,
decidnos: cómo amar al ruseñor,
cómo al viento y cómo al puma,
con qué símbolos representarlos
y con qué piedras de color escribiremos
canciones para el júbilo y los ritos?

Aquí hallamos vuestro fuego apagado,
Ios vestigios de la última fiesta
y el dolor de los vientres que parieron;
aquí, vuestros tejidos,
el sencillo telar de mano,
la cerámica y Ios ídolos.

Decidimos:

“Esta es nuestra casa
y ésta nuestra tierra.
He aquí la morada
que esperó por nosotros
y henos aquí a nosotros
que aguardábamos por ella.
Haremos de nuevo fuego en el mismo sitio
y volveremos las cosas a su utilidad antigua.
Limpiaremos también el lecho
y nos acostaremos a soñar
el sueño de los Padres,
que es el sueño de los Engendrados”.

PARA INICIAR EL JÚBILO

Mis pies se hundan en la tierra húmeda.
Siento el delicioso rumor del agua, entre los surcos.
El viento mueve las flores moradas en los papales,
mientras los pájaros sostienen la mañana en su garganta
y es la luz despejada y azul y clara y buena.

Veo el agua india;
veo los largos canales por los que va a las sementeras;
veo los floridos vallados y los espesos matorrales
de las cercas;
palpo la rugosa piel del árbol
y acaricio largamente sus renuevos y sus yemas:
entonces,
me sé vivo y de espaldas sobre el césped,
miro el cielo y al extender hacia él mis manos,
yo he tocado el tibio perfume de las plantas.

Venid, hombres, por todos los caminos
a decirme cuán hermosa es la mañana
y cuán casta el agua en las acequias;
venid, y tendidos bajo los árboles
miraréis crecer en santidad la hierba,
los pájaros, los hombres y los días.

Venid, amantes, y rodaréis por las laderas abrazados
más hermosos y ardientes,
y más puros.

Venid, todos, y bendecid conmigo
la tierra y el agua que la riega,
benedicid al sol de la mañana y al moreno peón,
a su pala, a su diaria esperanza y al amor
con que cuida cada surco y cada hijo.

RITUAL DE LA COSECHA

He aquí que las manos puras
cosechan los maizales
y bendicen la nueva simiente.
He aquí al hombre, volviendo una y otra vez
hasta la arcilla, reconstruyéndose,
buscando y encontrando la propia voz
y el alimento.

Tomemos nuestras bebidas fermentadas
y dancemos entre las dos albas.

Miro los árboles y sus brazos
tendidos para abrazar el aire
y es como si tuviera alrededor de mi cuello
toda la ternura de la tierra.
Yo lloro gozoso y estremecido.
Me acuesto a la sombra de un alero
y amo sin motivo las flores
brotadas al borde del camino.

Beso, embriagado, una mujer:
siento su cuerpo por única vez junto al mío
y mis palabras saben más y más
a hierba tierna, a fruto maduro
y a simple boca reencontrada.

Estoy aquí, llegado desde siempre
mis ojos han visto
al sol creciendo en las mazorcas
y fecundando el surco y las mujeres.

Y mi corazón canta
donde quiera que un hombre incline su cuerpo
en dulce ejercicio de amor y de cosecha.
Esta es la hora del júbilo.
Los cántaros rebosan, entre la gente.
Y hay un canto y una danza
que alegran el corazón y el oído de los muertos,
antiguos sembradores y cosechadores
de esta tierra!

Es como si el fuego sagrado los poseyera;
como si fuéramos los dioses de la lluvia,
de la siembra y de la recolección de frutos:
hablamos con las aves, las piedras, el agua, la madera
y el arado, ¡y nos comprenden!

Oigo a mis hermanos.
Y me sorprende mi voz en su garganta;
por eso bailo con ellos y bebo de sus bebidas,
y canto y me alegro
hasta caer vencido de fatiga y borrachera.

CANCIÓN DE LA HARINA

Esta es la harina, hermano.
Molieron el grano los hombres, junto al río,
encorvados sobre la tolva como sobre la vida.

Esta es la harina, hermano.
Sin embargo, nadie pagará por ella
nuestro sudor y espera,
y el sudor y espera de los hombres del molino.
Nadie pagará.
Y hemos de morir otra vez, todos los días,
de cosecha a cosecha, para nada.

Esta es la harina, hermano.
Pero se irán de anemia nuestros hijos,
porque nadie ha de comprarla
y vendrán los amos a robarnos.

Esta es la harina, hermano.
Que vanamente aguardábamos por ella.
Que vanamente.

ORACIÓN PARA QUE DEJE DE LLOVER

Hace días que no cesa la lluvia, Señor.
La tierra está húmeda y ya huele a podrido
la nueva sementera.

El perro duerme
y gruñe entre sueños y, a veces, ladra de noche.
Señor, la tierra es fértil y gasté en abonarla,
y sudaron en ella mi mujer y los hijos:
Si se pierde lo sembrado, no habrá
fiesta de cosecha ni pagaremos diezmos a tu cura.

Alguna vez pasaste por mi campo:
de seguro te habrás robado alguna espiga:
yo te daré, Señor, la mitad de lo que cojamos,
pero haz que deje de caer el agua,
danos sol un día solamente a la semana
y déjanos vivir.
Así sea.

SOMBRA SUELE VESTIR

Ahora, Muerte,
cruje tu cuerpo, eje de amor.
Y digo,
como quien se acuesta
para oír los rumores de la tierra
o de los nidos que usan como senos
las mujeres:
–Interminable, tu pie respira
un incendio cerrado.

Entonces,
se nos señalan las últimas escalas
y las duras migraciones.
La noche ríe
y se prostituye de soledad en soledad
hasta la piedra,
hasta la frente hundida
de las tempestades,
hasta el purgar herido
de las rosas.

Desde su lecho oceánico
levantan su cráneo vacío las naves
y reclaman para sus maderas
un viento alto en las montañas,
renunciando a las cerraduras marinas
y al hermoso vientre de los peces.

Giran los días –ingrávidas monedas–
advirtiendo
la nacencia de las cosas
y la torre de los lamentos.

La nada desampara las puertas
y las muchedumbres la miran de pie,
entre vejados metales
y lámparas desiertas.

Seres de lengua endurecida
habitan la muerte por costumbre
y usan sus largas cabelleras
para teñir la noche,
descarriar la forma de los ojos
y hacer más bondadoso el acto de amor
y el de venganza.

Desde la sien del corazón, desde
su orilla entristecida,
levanto las manos, los brazos,
la cabeza misma,
y grito hacia el lado
de donde llega el rumor
de las ciudades y del campesino
con su vida al borde de la siembra:
“La muerte es la casa que se cierra
definitivamente; la boca que deja de besar
otras bocas para besarse a sí misma;
la muerte es el amor
que vuelto contra nosotros,
a nosotros nos destruye”.

En mi voz hay un crecido sollozo de ternura.
El gozo, igual a las piedras de un río,
me ayuda a llegar a la ribera
en la que los varones indios se congregan
para bendecir la curva de los hombros
de todas las mujeres.

LA PUERTA CERRADA

Habito tu claridad, tu día,
y la estatua sortera de tu sueño.

Aquí, tus manos y su cuenco transparente,
aquí tu pecho y su tímido temblor
de miel y nido,
aquí
tu anillo,
tu solidaria casa desbordada
hasta el sitio en que suelo hallarme el corazón
por las mañanas.
Eres la amapola herida
por los dulces cascos del viento.

Alguna vez viste crecer mi amor
como la hierba:
fue cuando el pozo examinaba
la terrestre agonía del agua.

Recuerdo tu vena consolada
y tu falda de contorno duradero.

Sin embargo,
tu límite se torna invulnerable
y es preciso amar entonces
tu maternal costado,
tu nombre maduro como una flecha,
tu campo desvelado
y tu frescura.

Guardo tu pulida espiga
en un hueco de la voz,
en el ruido que hacen los ojos
para mirar
y en la desusada claridad
con que abre el día las ventanas.

Con qué trozo de ternura
cavar en el corazón hasta encontrar tu sitio?

Hoy echan a caminar tus trenzas
y es tu boca
la primera luz venida a menos.

Cuánto de azul cabe en tus manos,
cuánto de campanas, de nadie
y de aguacero!

Junto a tu casa corre un río.
Malhaya el agua malva que se acerca
hasta vencer tu acorralada bestia.
El camino de reseda que a tí conduce
quiebra su recodo solitario
y hay una mariposa velando
tu desnudez de relincho
y de ternura.

Quiero morder tus cortezas, desesperado,
con el viento agrupado en los ojos
y con la sangre levantada
—dulces gavillas— en los brazos.

Recuerdo tu cuerpo saqueado
la soledad vacía que coronaba
tus vestidos, y maldigo
-a la altura de tu oído-
la dulcísima harina de tu pecho
y el duro valle de tu espalda.
Siento tu conocido aroma en cada poro
de mi cuerpo, y escucho adentro,
entre piel y huesos, todo el mar rugiendo
incandescente!

EL RESUCITADO

El cuerpo levanta el ácido olor de la vida
y está salvo para siempre.

Todo es nuevo como semilla
que en amor germinara sobre el cielo.

El río muestra su ágil transparencia
y un vaho de luz cierra la noche
detrás de los corrales.

Escucho la resurrección
y hay una alegría desconocida
en todo cuanto alcanzan mis sentidos.

Sube lentamente una hormiga
hacia una rosa, y es la hormiga
santa y es santa la rosa.

El cuerpo salvado.
Sólo entonces es más dulce el agua,
porque a nosotros se parece.
Sólo entonces es más pura la tierra,
porque a nosotros se iguala.

Las mujeres empiezan a ser bellas
y despiertan un tímido rebaño
de corderas en su cuerpo.

“Esta es la historia”, decimos,
si tenemos simiente entre las manos.

“Esta es la vida”, decimos,
y nos inclinamos para besar
los húmedos labios de la esposa,
para acariciar la tibia cabellera
de los niños o para agradecer
por sus canas al abuelo.

El cuerpo levanta el ácido olor de la vida
y está salvo para siempre.

RAZÓN DE AMOR

Una mujer canta.
Me estremezco embriagado.
Sobre el polvo
trazo signos sedientos y hongos maravillosos.
Ordeno los minerales y, en mi oído,
la voz que acojo es delgada como un cuchillo,
como la herida abierta por ese mismo cuchillo.

La mujer desata su cuerpo,
lleno de música palpable, de collares luminosos
y de actual temblor.

El canto ahora puede ser escondido en el puño
o tras el párpado de un durmiente:
se asemeja a una gota de miel
y podría ser transportado por una hormiga.

Yo tenía en la ciudad una alcoba:
llegábase a ella por temeroso pasillo.
Desde aquí alumbro cuerpos vacíos
que conduje hasta la cama vedada,
entre sonidos que apagaban su lengua,
entre adivinaciones y carroña, con vergüenza.
Pero un día encendí fuego con la boca
y amé por culpa mía la mujer que me estaba destinada.

Digo que este canto me llega como alta marea deliciosa,
que me conmueve, que me destierra de este sitio
y me devuelve una vieja posesión defendida con la sangre.

El canto se va para los valles,
rodando hasta el lastimado corazón que lo detiene.

LA SANGRE GOZOSA

I

Este amor que yo padezco
no consiente ser pena consolada
y así –corazón llagado–
viviendo estoy un sonido
de ángeles rondando por tu casa.
Recuerdo el cuerpo que vistes
y empiezan a girar bellamente las cosas.
El delicado pensamiento con que abates
la cabeza por amarme,
se torna
clarísima campana de plumas
en el cielo.
Ya nada en mí podrá olvidarte,
pues que todo,
si no es por tu mano,
por nada quiere estar atado
a la vida,
fuertemente.

II

Dulce color terrestre
te invade, cuando te amo.

Yo pienso simplemente
en la bandera de la rosa,
en el agua endurecida
de tus pechos
y en la persistente soledad
de tu cintura.

Te requiero desde una hoguera
 encendida por un hombre.
 Dejo que tu voz me alcance
 y –cercada por dulce asedio–
 rindo la mejilla en que te beso.

Descansadamente hablo por tí
 y desde tí a las cosas.
 Y sufro el rigor de este desvelo
 que va y viene de tu ardorosa orilla,
 tanto
 que en vano me apresuro por morir a tiempo
 la enamorada muerte que me espera.

III

Quisiera robar tu nardo,
 tu pequeño cielo tras la blusa
 y el íntimo río que en la tierra
 te sostiene.

En amor que estoy hablando
 desataría tu sediento vino,
 si no fuera obstinada pena
 el tenerte tan cercana
 y no saberte ya distante.

Extiendo el corazón en un buscarte
 tan dichoso
 que
 solo tu nombre me entretiene
 y en él:
 los brazos, los labios
 y el tierno panal que yo conozco.

IV

Tu cuerpo no cesa ni el instante
para amarlo.

Cargada de rumores y recelos
camina sobre tu pie
y dulcemente dejas que tu propia blancura
te deslumbre.

Yo sé de un sitio
donde abrir tu blusa
tu cálido destino
y nuestra sed, hasta hoy desconsolada.

V

70

Lastima tu pecho un heridor suspiro
y sangras sangre tan gozosa
que nadie advierte tu quebranto
ni procura aliviar
tu costumbre de morir como te mueres.

VI

Por la sed,
te reconozco. Por la manera
de hundirte entre mis brazos
hasta rozarme el alma,
te reconozco.
Sobre tu cuello una sombra
de trigal oscuro te identifica,
te llena de ti misma
y es tu propia carne

la que –entonces– te construye.
 Vengo a herirte para siempre,
 a quitarte vestidos y nombres
 hasta que un niño juegue
 –descalzo– en tu memoria.

VII

En el pecho aduermes
 la rosa del amor ya revelada.
 Ardes entera como las canciones,
 como el aire que toca los labios
 de los amantes en las altas terrazas.
 El cabello baja
 ciñéndote la nuca y eres hermosa
 con trajes de alegría.
 Cuando pasas, recojo tu sombra con los ojos,
 me pongo un corazón que me ignoraba
 y desentendiéndome por recibir la herida
 en la parte de amor más vulnerable.

Tus muslos de rosa son más bellos
 que los gorriones en el día
 y más dulces
 que un niño juntando flores.

VIII

Delgadas cintas a tu cabello atan
 la luz de donde estás brotando.
 Una estrella cabe en cada mano tuya.
 La voz de los surtidores
 envidia la voz de tus collares.

Te amaré mientras tus pechos
puedan comerse de cuclillas
igual a las extrañas frutas.
Besaré tu boca, mientras mane
dulcemente de tu lengua
miel nupcial sin paralelo.
Todas mis noches
girará como una rueda tu cintura
y –rosadamente– tus pies
caminarán por mi alma
nombrándome jardines.
Ando por tu nombre
como por ancha calle,
te guardo desnuda
en cada recuerdo
y no sé hasta cuándo
pueda contar los días, la sangre
y el caballo con que te estoy amando.

IX

Anochece la alcoba.
Y el día toma tu cuerpo por asalto.
Luces una oscura luz
en el cabello
y en tu piel un silbo largo
se detiene.
Tus cosas no te integran:
sola eres;
sin embargo tienes
toda la ternura de la tierra.
Manteles con flores bordadas
sin motivo te olvidan.
Y en la línea de la cama,

tu sueño es la orilla
 donde
 tu pensamiento me piensa.

X

La ventana parece que estuviera a ras del suelo
 y el perfume de la tierra te cerca, embriagadora.
 Tus labios son vino fuerte.
 Tus pechos arden como dos fogatas
 en la noche de las montañas.
 Comprendo que vengo a tí desde la primera voz humana,
 que nadie puede cercar este territorio sino mi mano
 y entonces, mía, hacemos el lecho con premura,
 vencemos muros, flores y germinaciones
 y nos amamos desatando pumas
 en la sangre.

XI

Te estremeces al contacto
 de mi mano: caen por el propio peso
 tu cintura, tus muslos
 hacia el centro de la noche;
 la bocal dulzura que te ennoblece el pecho
 puede ser gustada, vencerme;
 mas,
 andas tan lejos,
 por tus sentidos,
 que tu nombre cierra bruscamente
 la puerta de mi casa.
 Salgo de ti, dejo tu temeroso
 territorio, el cuerpo tendido
 remedando amor, y no sé

qué hacerme
con la hostil manera
que tienes de olvidarme.
Bajo hasta el agua morena de tu pelo,
te llamo a voces
porque me dueles, desamparada.
Tus piernas son como jardines
largos, como avenidas de música,
pero nada puedes
contra tí misma.
¡y me estás olvidando!

XII

74 | Mi amor fija el límite
en que ejerces
el cuerpo;
manan ríos morenos
de tu lecho y corren
a mi boca que sabe recibirlos.
Mojadas ya de amor las vestiduras,
desato en tu campo mis corceles
hasta sentir llorar
el alma
de rodillas.

XIII

Yo abrí tu desnudez
hasta echar a volar
las palomas que se habían posado
sobre tu pecho;
levanté los diques
que te obligaban a huir por las espaldas

y pude beberte de frente,
 oh despojada,
 tan de frente
 que he de recordarte
 con una violenta lágrima en los ojos.

XIV

Ardes, sobre el lecho,
 hasta perder la voz
 que te solidariza con la tierra
 y de tí quedan solo
 los hinchados senos
 buscándome a tientas,
 sollozando.

Bebo llamaradas en tu boca,
 me enciendo, corro desesperado
 por tus calles,
 llamándote,
 llamándome,
 porque no me olvides.

XV

Camino por encontrar la palabra
 con qué llamarte: Busco
 el guijarro que hará sonar
 tu alma en la noche.
 Y es en vano.
 Sólo tu cuerpo me recibe.
 La noche te acorrala
 entre altos muros de aroma;
 no alcanzan mis brazos a sostenerte

y te hundes, irremediable,
en una muerte profunda.

XVI

Caes, por el espejo,
al fondo de tí, te pierdes
en la sombra de las cosas miradas:
en el agua inmóvil
ya no estás tú, sino otra,
distinta,
buscándote,
trayendo tus sortijas, tus gestos,
tus propios vestidos
para que los reconozcas y vuelvas.

XVII

Digo ahora que te olvido.
Que hago girar el día como una puerta
y abandono la noche
donde solíamos quitarnos hasta las cortezas
del alma.
Digo esto,
después de enterrar bajo la hierba
la tela fuerte de los llantos.
Olvido vestidos,
números de teléfono,
alcobas lascivamente perfumadas
y rojas líneas que te construyeron los pechos.
Mañana no sabré cómo te llamabas.
Y hoy
te arranco de mis lágrimas,
porque no quiero llorarte
con lágrimas mías.

XVIII y FINAL

Si pudieras verme,
verías un hombre llorando sin lágrimas,
amándote con la ausencia
por no acordarse de tí;
nada te nombra
sino el oscuro vacío que me has dejado en el alma,
ahí,
donde fuiste
un río de ruisñores.

A MEDIA VOZ

Si te diera
pañolones y tristeza
serías
ciudad cercada.

Si te despertara
la blusa y la nostalgia
tendrías
la ventana abierta.

Si te besara
–entonces,
no serías ciudad cercada
ni ventana abierta.

CELOS

Tierra arriba
hasta tu cuerpo,
hasta la sombra de tu falda
sobre el suelo:
cien ojos
te están vigilando.

Que nadie intente
abrir tu puerta
o tus senos:
incontables cuchillos
te están vigilando.

LA MUJER DEL POZO

Inclínase sobre el brocal,
mira el fondo.
Respira el pozo, buscándole la boca,
burla la blusa
y le roza los pechos con la mano;
ella cierra los ojos,
esquiva –tembrorosa– el delicado beso
y se entrega, sin embargo.

El agua gira inmóvil
y lanza el súbito corazón arriba,
suspirando.

LA LUZ DE REPENTE

Sale de sus vestidos, amparada
en la dulce lisura de los hombros;
a penumbra avanza la noche,
se enreda en los tobillos
y suena un poco varona
en la huérfana enagua, sobre la silla.
La lámpara le dora y le oscurece, a trechos,
la piel.
El espejo retrocede hasta dejarla a solas
y la ventana mira ciegamente.
La mujer mueve los brazos por desasirse
de la sombra que le entra por los cabellos;
se viste otra vez, y, mientras crece la luz,
se vuelve semejante a sí misma
y se reconcilia con sus cosas, tocándolas,
al descuido, con la punta de los dedos.
—Al final, la habitación la pierde
detrás de una puerta, para siempre.

Otra vez Eurídice

POEMA UNO

Ah, suave estremecimiento de las hojas:
viene el alba, ¿de dónde, si todavía
Orfeo duerme y los pájaros
ni cantan ni vuelan, porque él
no los inventa aún con su palabra?

La rosa se balancea en el aire
y espera ser mirada para devenir
milagro puro y nacer ciertamente en el ojo
del que la mire: ay, si Orfeo la nombra
entre sueños, la rosa arderá sola
y cuando el despierte no podrá verla
sino ceniza y nada sobre la tierra.

Todas las cosas serán creadas
por el canto de Orfeo, el de los parpados de oro,
pero ahora duerme y por sus sueños discurre,
desnudo y casi río, el cuerpo de Eurídice
bienamada.

ADVENIMIENTO DEL ALBA

Moja sus alas, turba la imagen
copiada en el agua,
un pájaro de hermosa negrura;
mas,
cuando él revuela,
miro,
sin alas,
la clara respiración del agua
subir al cielo.

EL CORAZÓN A ESTE LADO

digo maldita sea te amo
 vida
 te amo perra
 sonido de hueso
 cáscara
 roído carozo

jamás te pedí que vinieras conmigo
 pero me seguiste estúpidamente
 y me obligaste a quererte perra con ternura

vida
 te amo
 pero estúpidamente

MUSA PERSONAL

Iza despierta,
pero el día
cae en los labios de ella
y ella se lo traga como si fuera una mosca.
Después,
escupe, piensa, salta, se convence que ama,
le gustan las combinaciones de nailon,
las camas altísimas, los perros, los automóviles,
las calles con puertas de madera,
los chismes, la ropa recién lavada,
las canciones y, a veces, las novelas.

Iza, pues, es Iza. Y no es otra.
Tiene ojos, nariz, boca, redondos pechos,
hombros, brazos, manos,
vientre con ombligo que parece un pozo,
y sexo, muslos, rodillas, zapatos,
cartas, besos que le he dado.

Iza camina sobre la tierra.
Respira el aire que todos respiramos.
Se sienta con sus nalgas.
Come, bebe, suda, se baña,
espera.

Iza es así:
Con los dos ojos abiertos mira
y con los dos ojos cerrados, duerme.

LUZ PARA SIEMPRE

La mujer va al espejo
y, por él, camina hacia sí misma.
Tocan sus ojos la sonrisa
y se llena de luz a su manera.
Tiende luego la mano,
mueve la imagen.
Rozando apenas el aire
se abre el espejo
y ella se desnuda para siempre.

Ahora, a ciegas, se acaricia,
pero su gozo
ilumina los dientes y por ellos cae
de nuevo en el espejo; su carne
estremece las dos orillas
y con un golpe de mar
junta los muslos.

MUJER BAJO LA LLUVIA

Llueve y el agua te besa
la cara,
pero no consigue
apagarte los labios:

Tu sonrisa se adelanta triunfadora,
quemándose y quemando
-lluvia arriba-
todas las aguas del cielo
y el cielo mismo.

PUNTA DEL ESTE

Escribo tu nombre con el dedo
en la arena y el mar.
Entrego al viento tu cabello
y se puebla de peces transparentes.
Violentos,
entonces,
corremos sin sombras
y el agua nos borra
definitivamente.

SEÑAL DE AMOR

I

Cuando ella entra,
mi casa arde y no alcanza a sostener
tanto gozo,
tanta palabra callada,
tanta sed;
pero si ella se despoja
de guantes,
de vestidos,
de tiempo pretérito,
su cuerpo ya no derrama sombra:
es una llama alongada,
purísima;
desde sus hombros, la vida
se reparte entre las cosas.

II

Es que su carne está hecha
de arcilla y agua de mar
y de manzana.
Voces olvidadas dentro de las hogueras
la nombraron antes que yo,
pero nadie pudo
inventarla –antes que yo:
tomé arcilla, agua de mar
y de manzana,
dije su nombre
y ella apareció sobre la tierra.

III

A solas, pienso en ella.
Caen mis sueños
mirándola fijamente;
entonces,
mi pensamiento la reconstruye
a costa de sí mismo
y ella estando yo a solas, así se viene,
y en la orilla, la noche apaga
la barca del regreso –y duermo.

IV

Ella desvela su cuerpo.
Busca un canto y lo canta a media sombra,
pero su bella desnudez rebasa
el límite del cuerpo,
escapa con la canción hacia la noche
que, conmovida y casta, a hurtadillas
la besa y se estremece.

INVIERNO EN BUENOS AIRES

La calle, entre altísimos edificios,
es un pozo:
al fondo estoy.
Al fondo.
Muevo los brazos y el aire me entrega
frías escamas,
húmedos sustantivos, violenta
soledad.
Ah, si yo tuviera una soga!
Enlazaría una torre y subiera
tan alto
que la luna por mirarme
dejaría de llorar sobre la tierra!

HOTEL CITY

esta habitación me espera siempre
como si estuviera de adrede contra mi

salgo
me desentiendo
escapo hacia otros sitios
pero vuelvo
y entro en esta habitación
por la misma puerta desolada.

odio esta habitación
y es como si de adrede
ella contra mi estuviera

POEMA DESESPERADO

Que sea pronto, Dalila.
Ya no quiero poner mi mano
dentro del agua, en el río.

Ay!

Que sea pronto, Dalila.
Cortad de raíz,
no el cabello,
¡la cabeza!

CASI GRIS

Pensar es simplemente eso: pensar.
Pero ahora
el mundo va a llenarse de nuevas cosas
y tengo miedo:
después no habrá sitio para nadie
y están exhibiendo los hombres
en cordeles sus penas larguísimas.

Llueve a veces. Y la lluvia
tiene siempre centenares de casas.

SEIS

Nadie está aquí, sino este número,
anzuelo para que yo muerda.
Pero Dios, que sostiene la caña, no podrá agarrarme
solo porque no me da la gana.

AHORA RESUCITO

La ventana nace en la mano
que la deja abierta y la reparte,
pero ella se disminuye
hasta ocupar solo mis ojos
determinando la ración de morir para este día

Es una ventana digna de ser odiada
y lo es también la mano que la inventa.

Empero,
desciendo ahora al fondo de la ventana,
la divido,
la quito de mis ojos,
y empiezo vivo
a caminar entre las cosas.

A TRAVÉS DEL AGUJERO

Entra el sol.
Los niños dicen:
El día desaparece
tanto dividirlo.

Brilla el agua.
Los niños dicen:
El río se agota
tanto besarlo.

Aparece el viento.
Los niños dicen:
El bosque se apaga
tanto mirarlo.

Canta el poeta.
Los niños dicen:
Las palabras no mueren
tanto repetir las.

ESCRITO EN PRIMAVERA

Esas piernas que se llaman Mabel
van derechas por la calle Mabel

Yo nunca he visto río más alto
que esas piernas Mabel

Dejadme cazar la mariposa boba
hasta subir con ella y con sus piernas
por mi sombra con sus piernas

NOCTURNO CON ESPADAS

El agua violeta moja tus piernas.

Los ojos descienden de tu cara
y los extendiendo en las paredes con las manos.

Pero enfurezco tus rodillas
y desembocas, lastimada, en tu cabello.

NADIE ADENTRO

Esta casa anda descalza por el cielo.
Esta casa con tantas heridas como ventanas
no aprendió nunca a sangrar humanamente.
Sin embargo,
cuánta madera puja para ser lengua,
cómo suben las cucarachas por el espejo,
ay,
si una lámpara abre su abanico
y atraviesa los vacíos corredores.

SE OYE CAER LA LLUVIA

Ahora es como si alguien
llorara tan a solas que ni él mismo
sintiera su llanto.
Por las angostas veredas,
la gente camina encogiéndose,
evitando la sombra húmeda
que lleva atada a los talones;
pero la lluvia les toca
y les guía,
dándoles suaves golpes en el hombro.

SUENA A HUECO

El carnicero tira el hueso
Y el perro lo recoge.

El perro tira el hueso
Y el mendigo lo recoge.

El mendigo tira el hueso
Y nadie lo recoge.
Nadie –sino el viento.

PARA GRABAR EN CINTA MAGNETOFÓNICA

En alguna parte
alguien extiende con sus pulgares
una cáscara de naranja
con gesto tan humano que no puedo menos
de reconocerme.

Me toco maravillado las rodillas
y con el pie derecho escribo mi nombre
sobre el suelo, y leo la palabra soledad.

El viento intenta derribar murallas,

pero yo solo

pero yo solo

pero yo solo

quiero cuatro ventanas

para fugarme con el alba,

pero yo solo

quiero cuatro caballos

para correr tras el alba.

—El pan amortajado duerme tranquilo
sobre la mesa.

OTRA VEZ EURIDICE

Orfeo construye con arena
sus cabellos y cambia las cuerdas
de su lira con algas azules:
el mar llega a sus dientes –y sonrie.

Pero el sexo de Eurídice es archipiélago de tucanes:
arde y se derrama
y se derrama y arde.

Orfeo canta con el sol sobre las rodillas.
Respirando por las narices y los pechos
busca una piedra roja al fondo de los peces.
Eurídice viene con sandalias húmedas.
Una profunda luz
perfora su ombligo, pero viene.
Ya camina por la arena.
Ya enreda los brazos en las algas de la lira.
Ya sube con la lengua por las espaldas de Orfeo.

Este levanta las amorosas uñas
y cuando su boca persigue la transparente nuca de Eurídice,
ella hace una mueca –y se deshace, de caracola en caracola.

PARÁBOLA CON DUENDE

Junto a la sombra de los tréboles;
 más aún, detrás de antiguos cadáveres,
 corre sin detenerse una puerta;
 en ocasiones suelen nacerle manos
 y sube entonces por los hilos de la lluvia
 hasta hacer pasar bajo su arco a todos los ángeles.

Nadie sabe donde ponerse a morir.
 Esta puerta empieza. Y está muerta completamente.
 Como un vestido sin nadie adentro.

TROPIEZA EN SU PROPIA MANO

se pudren decididamente
las manos de los ángeles
y en vano el poeta fuma
el cuerpo de la mujer amada.
Los postes toman el día
por las hojas,
cuando alguien sin motivo
desampara la propia sombra,
su nostalgia,
las fechas que no lo vistieron
y no sabe de qué lado morir
ni de qué caramba poner la cara
ni cómo desahuciar
el corazón, letra de cambio vencida

114

es tiempo
de ponerse el lobo
al revés y al derecho
y aullar a prisa
y despacio,
por ser ésta la única manera
de que la luna tome por asalto
al hombre
que cae hacia adentro del hombre,
hacia sí mismo.

LA RESURRECCIÓN COTIDIANA

hoy al hombre
lo golpean hasta decir basta,
lo levantan,
lo abaten,
lo desgarran,
lo muelen,
disecan sus huesos para raer de ellos
toda feliz imagen.
Después y sin embargo, tiende la mano
hacia las rosas
y otros caen a palos sobre él,
y el hombre viste desde entonces
un dolor distinto cada día.
Una espina lo hiere, pero sangra.

LA NOCHE ILUMINADA

Las ventanas echan a pique la unidad de la noche.

Apoyadas en las barandas,
las mujeres sueñan la etiópica piel del mar.
La brisa alimenta el fuego de sus cabelleras,
cobre respirable.

–Los almendrados ojos, casi tristes,
se llenan de dorada sombra.

–Los cuerpos (ah, las febles vestiduras!)
reintegran la gracia a su primer estado.

Vacilan las luces, vence la niebla.
Las mujeres desaguan sus deseos
por la viva grieta del suspiro.
La unidad de la noche esta nuevamente presente.

SONETO

Ronda mi corazón por la tristeza
como ciervo que, en la fugaz huída,
adioses escribiendo por la herida,
viste sombras con tierna ligereza.

La luz apenas toca la corteza
del agua y de las rosas, las olvida;
porque la muerte, entonces bien venida,
a borrar nombres con su mano empieza.

La mudanza del tiempo me ha mostrado
que todo, no bien nace, solicita
casa para morar en lo pasado.

La frágil existencia que me habita
a ser mi corazón ha destinado
suelo donde guardar lo que me quita.

LA ILIADA

Helena, desde el adarve,
sigue la batalla
como quien mira un filme norteamericano.
Las doncellas troyanas,
en tanto le espulgan la hermosa cabellera,
suspirando envidian la nuca de Helena y su adulterio.
(Al fondo, jadea el mar...)
Ligeramente bizca, porque así conviene a las diosas,
Helena, la de azafranados muslos,
amurallada,
desde arriba,
ardientemente desea la victoria al enemigo,
sólo por ser otra vez
del hediondo y rubio Menelao.

LA DANZA DEL ARQUERO

Nosotros, pueblos del mar, éramos
–cuando llegamos– dioses bellos y resplandecientes.
Al saltar a tierra, crujió la arena
como un leño bajo la llama.
Nos recibió la selva solo selva,
apenas sueño para comenzar entonces a soñar.
Allí, junto a los huesos de un antiguo cetaceo,
de pie, las palmas de las manos vueltas hacia el cielo,
después de danzar
hasta tres veces,
tomamos posesión del territorio,
de los árboles, y de los pájaros,
y de los brillantes reptiles, y de la húmeda sombra
que corre entre las ramas;
y también del puma bramador, y del agua que anda
y de la que se detiene,
y del venado por cuya cornamenta desciende
el sol hasta la yerba.
Fuimos guardando cada cosa dentro de un nombre,
empobreciéndolas sin embargo,
mutilando
sus almas.

Llegamos del mar. La dura, a veces áspera, mano
del viento empujó nuestras balsas,
durante viglias de soledad, de cuchillos, de esperanza desesperada

La tierra tenía rostro igual al nuestro,
 su misma piel oscura, carne de los inmortales:
 al besarla por primera vez,
 nos miró con dulcísimos ojos
 de guacamaya o de serpiente: éramos dioses bellos y resplandecientes.

Giraba la rueca sin intermitencia hilando los días.
 Las cabelleras de nuestras mujeres
 tenían el color de los troncos caídos en el bosque
 cuando la lluvia los colma de oscuridad y fragancia.
 Lanzas, flechas, larguísimas cerbatanas,
 redes, cuchillos de pedernal,
 ponían al alcance de las manos
 pájaros de fuego, iguanas indescifrables,
 peces de redondos maravillosos ojos
 y jaguares con la noche tatuada entre las fauces.
 Exploramos la tierra, inventando
 a cada paso, no solo la luz necesaria,
 sino las cosas que caen bajo ella:
 decíamos “hágase” y lo pensado o querido
 devenía delante de nosotros, ya nuestro, ya de todos;
 si nos acosaba la sed, abríamos pozos
 y, al fondo, nos llamaba siempre nuestra propia imagen
 para cumplir el designio de dar testimonio
 de que nosotros nacimos
 del lugar de donde también fluyen el agua y la sabiduría.
 Navegábamos, extendiendo a voluntad
 los caminos del mar,
 creando islas donde era menester el reposo
 y pelicanos para posarlos sobre los acantilados,
 basalto inmóvil.

El territorio, pues, crecía conforme caminábamos
haciendolo. Nacían, en tanto, hijos de nuestro pueblo,
dioses hijos de dioses. Y habitamos
desde los desiertos del Sur
hasta Atacames al Norte, que es la casa de la Esmeralda,
símbolo de la fecundidad de la tierra y de los hombres.

MOSHE DAYAN CONQUISTA LA VIEJA JERUSALEM

Delante del Muro,
en el único ojo del general,
se clausuran dos mil años de exilio.
Yérguense entonces, desde su matriz de horrenda ceniza,
los caídos en los campos de prisioneros de la Segunda Guerra,

juntan sus manos de neblina,
cúbrense el calcinado hueso de sus coronillas
y rezan a Jehova su Dios, ahí, reunidos
dentro del único ojo del general.

Con su guerrera hecha de nubes,
de pie, detrás de sus propias lágrimas, apenas
adivina la presencia de la piedra sacra,
gris por la ternura que es la sustancia que la realiza:
el general

—Josué que ha detenido su propio corazón
se pone el rostro de todos los hebreos
azotados, perseguidos, humillados, raídos
de sobre el haz de la tierra, pero ahora ese rostro pertenece a quienes
han sido ya dulcemente vengados:

Ahí, el rabino de Toledo, con su ceceante español,
enredado más que nunca en las vestiduras ceremoniales,
despierta para enajenar a perpetuidad la llave de su arcaico llanto.

Ahí, las víctimas de Ucrania recobran
la sonrisa que les fuera amputada en el festín de la cristiana matanza.

Ahí, los combatientes de Varsovia,
sabedores de que la violencia no los abatió en vano,
vigilan sosegados su eternidad imperceptible.

El ojo del general es la casa del gozo,
donde se abrazan y se besan todos los judíos, los vivos y los muertos,
y brilla el ojo, porque la luz fija su domicilio final
en el Muro de las Lamentaciones,
delante del cual queda, conmovida, autógrafa y solidaria
la sombra del tuerto general Moshe Dayan.

EN EL TEMPLO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (QUITO)

A látigo y a sangre
se tejieron estos muros,
ligerísima camisa
para el llanto del anónimo albañil,
del sonámbulo picapedrero, de talladores
e imagineros
hartos de frotar vejigas
sobre el esmalte
de las Vírgenes quiteñas.
El oro sube por las columnas
huyendo de tanto muerto de hambre
y, para que nadie alivie el corazón,
los ángeles duermen debajo del estuco...

Un recio rumor empieza a sacudir este barco;
ah, si es Dios quien sopla en la arboladura:
la portentosa máquina se vendrá abajo
y despertarán sus constructores
en un enorme y vengativo sollozo!

EPÍLOGO

Dedicado a los
“fidelísimos” amigos

Me miraréis desde la frase “no puede ser”.
Reiré de vosotros.
En la ciudad caminarán las gentes, como todos los días.
Una mujer, aun mía, ha de llorar sin estridencia,
precedida y sostenida apenas por sus lágrimas.
Pero yo estaré de pie sobre mi muerte.
Pero mi muerte estará de pie, pisando
vuestras cabezas de asnos entristecidos.
Mi muerte y yo os miraremos con misericordia.

Alrededor de mi cuerpo, os repartiréis a mendrugos,
mis pecados,
estos poemas
y alguna otra cosa.
Mi muerte y yo os miraremos con misericordia
y ahuecaremos las manos hasta que ingreséis al olvido
como el vino en la botella.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Los poemas agrupados bajo el título de «**Transeúnte en Nueva York**» se publicaron en: «Umbral, entregas de poesía» (Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1952); «Cinco poetas del Ecuador» *Lírica Hispana*, No. 137. Caracas, 1952); «Poesía» (Universidad Central del Ecuador. Quito, 1956) y en los suplementos dominicales de los diarios, hoy desaparecidos, «La Nación» de Guayaquil y «El Sol» de Quito, de 13 y 20 de Diciembre de 1953, respectivamente.

El intitulado «Misa» vio la luz en «Universidad, órgano mensual de información de la Universidad Central» (Quito, Enero de 1955). «Poesía», en el No. 207 de *Lírica Hispana* (Caracas, Junio de 1960). «Esta noche al medio della», en la edición del Diario «El Comercio» correspondiente al 6 de Enero de 1963.

«Elegía y esperanza sobre Guatemala» se editó en el libro antológico «Guatemala, tu nombre inmortal» (Revista de Guatemala, Editorial Universitaria. Quito, 1956).

Las secciones bajo el epígrafe de «Los hijos de la tierra» y «Cuerpo salvado» formaron un solo volumen que llevó el nombre de la primera (Ediciones Ateneo Ecuatoriano. Quito, 1955).

«La sangre gozosa» y «Paraíso inmediato» así mismo integraron un solo poemario amparado bajo el primer título (Ediciones Surcos. Quito, 1957).

«Otra vez Eurídice» fue la primera entrega de los «Cuadernos Jacinto de Evia» (Quito, 1962).

También «Tropieza con su propia mano» y «Resurrección cotidiana» se publicaron en los Cuadernos Jacinto de Evia («Cuatro poemas terroristas, Quito, 1963»). Y, en fin, «El Nuevo Cántico» se ha dado a la estampa en diversas publicaciones literarias, especialmente en las revistas Niziah y Ágora, de Quito, y Profils Poétiques des Pays Latins, de Niza (Francia).

Los poemas no indicados en la presente noticia publican por vez primera.

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN.....	7
PRÓLOGO.....	11
TRANSEUNTE EN NUEVA YORK.....	15
POEMAS Y CANCIONES.....	27
ELEGÍA Y ESPERANZA SOBRE GUATEMALA.....	35
LOS HIJOS DE LA TIERRA.....	39
CUERPO SALVADO.....	55
LA SANGRE GOZOSA.....	65
PARAÍSO INMEDIATO.....	79
OTRA VEZ EURIDICE.....	85
EL NUEVO CÁNTICO.....	111
Noticia Bibliográfica.....	129

Con César Dávila Torres se ha presentado en la joven literatura y, sobre todo, en la joven poesía ecuatoriana, una figura de alto valor, de envergadura convincente, de personalidad densa, de jugos nutricios que llegan del alma.

CÉSAR ANDRADE y CORDERO

César Dávila Torres, poeta compañero nuestro, ha conseguido ya ese tono maduro y universal que, de un modo u otro, todos perseguimos.

DAVID LEDESMA VÁSQUEZ

Lo esencial en un poeta –ánima sensible, intuición creadora, fe en la belleza– es ya patrimonio inalienable de César Dávila Torres.

E. GONZÁLEZ MAS

César Dávila Torres escribe la poesía que ha vivido, poesía humana, de carne y hueso.

SIMÓN LATINO

133

César Dávila Torres realiza una esencial y depurada poesía... Severo en su lenguaje, duro a veces, busca la esencia metafórica.

RODRIGO PESÁNTEZ RODAS

"Su palabra es ya cimera en nuestra literatura: y me felicito de ello, ya que Usted escribe sin imposturas ni rebuscamiento de los maestros. Fluencia en sus versos, sinceridad y hombría".

G. HUMBERTO MATA

Su poesía de fina textura, su directo y sobrio desvelo lírico, lo vuelven uno de los más altos poetas ecuatorianos.

EL TELÉGRAFO. Guayaquil, 21-X-82.

Usted es un verdadero poeta, César Dávila Torres. Y conste que no prodigo este glorioso título.

MIGUEL SÁNCHEZ ASTUDILLO, S.I.

Este poeta entiende bien las excelencias de la sobriedad, tan difícil de alcanzar, pues que es fruto de una posesión segura de la técnica y de un diestro conocimiento del poder de los vocablos... A esa virtud se suma otra, imponderable: la del afán de ser claro.

EL COMERCIO. Quito, 30-X-62.

En César Dávila Torres, la poesía ha cristalizado en pasión y en vocación. En pocos como en él, el afán por buscarse y buscar raíces genuinas, por no repetirse; por irse dando con lógica de camino diario; nuevo cada vez; cada día muriente y resucitarte.

RUBÉN ASTUDILLO Y ASTUDILLO

134

...artífice consciente, disciplinado, sabedor de su oficio, del que habría que ocuparse en un más amplio estudio, pues que su radio es transcendente y su hondura palpable y abisal... César Dávila Torres es un poeta de su época, preocupado por la canalización de la idea pensada, la idea construida con esmero...

VANGUARDIA. N. York, VII, VIII-68

César Dávila Torres “no siente deseos de gritar y no llega al grito”.

PUCUNA. Quito, Enero 1963

Heraldo de la ausencia

Al empuñar el libro *Poesía Junta*, escrito por el ibarreño César Dávila Torres, (1932-2013) publicado por la Casa de la Cultura en 1969, me resistí a abrirlo; la cobertura afirmaba una edad que delataba la lírica bienquista en lejano tiempo. Los años cubrieron de una pena amarilla a cada hoja del libro, pensé superada la poesía modernista de Rubén Darío, Amado Nervo, José Santos Chocano, José Martí y los de la Generación Decapitada.

Pudo más la querencia a las expresiones literarias y la conspiración de saber quien era César Dávila Torres, terminé leyendo y solazándome con los poemas que guarda el tomo; quedó en mí la sensación de una obra inconclusa, busqué otras publicaciones que serenen mi porfía, que alivien mi tortura de obtener otras versificaciones del extraño escritor. *Poesía Junta* es un libro amatorio, terrenal, hierático...

César Dávila Torres fue jurista, catedrático universitario, prolífico literato, cervantista, poeta sutil, su poesía se queda con el surrealismo latinoamericano de César Dávila Andrade, célebre dentro y fuera del país. Antes que profanar, permanecí con la prosa de renovación estética del lenguaje, y el seductor orgullo por el esfuerzo de reforma. Asienta caracteres de serenidad, elegante equilibrio, musicalidad sin métrica. Fusiona irreparablemente las angustias humanas que unen el barro que repara a Dios y retorna a la tierra. Encumbra con frugal celo lírico las hermosísimas tentaciones del erotismo. Hay júbilo en su canto, gloria y condena la soledad humana y asciende desde la ternura, a una notable sensibilidad estética.

La reedición de este poemario *Poesía Junta*, vuelve a ser llamada lírica castellana local, en dimensión privilegiada, yendo y retornando a la tierra, triunfal, lo prueba el mismo poeta: "He aquí el hombre, volviendo una y otra vez/hasta la arcilla, reconstruyéndose,/buscando y encontrando la propia voz" [...]. Este poemario nos vuelve más ibarreños, más humanos, universales.

Luis Germánico Solís

Ibarra, Noviembre del 2010



www.casadelacultura.gob.ec

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria